



WARHAMMER
40,000



NEXUS Y OTROS RELATOS

DAN ABNETT, GUY HALEY,
RACHEL HARRISON Y MUCHOS MÁS

minotauro



NEXUS Y OTROS RELATOS

GRANDES HISTORIAS DEL IMPERIO OSCURO

Thomas Parrott · Chris Wraight · Guy Haley
Rachel Harrison · Peter McLean · Dan Abnett
Danie Ware · Mike Brooks · Phil Kelly · J C Stearns
Josh Reynolds · Robert Rath · Steve Parker · Marc Collins

timunmas

Título original: *Nexus & Other Stories*

Traducción: Traducciones imposibles, S.L., 2021

Dear reader, traducción de Miguel Trujillo.

Nexus, traducción de Miguel Trujillo

Kraken, traducción de Pura Lisart.

Redentor (Redeemer), traducción de Vicky Charques.

Una prueba de fe (The Test of Faith), traducción de Isabella Monello.

Las horas crepusculares (The Darkling Hours), traducción de Amparo Gresa.

Carrera relámpago (Lightning Run), traducción de Cristina Rubiols.

Desaparecidos en combate (Missing in Action), traducción de Borja Castillo.

La catedral de cristal (The Crystal Cathedral), traducción de Isabella Monello.

Voces al unísono (To Speak as One), traducción de Borja Castillo y Cristina Rubiols.

Donde hay disformidad hay un camino (Where Dere's Da Warp Dere's a Way),
traducción de Miguel Trujillo.

Redención de Dal'yth (Redemption on Dal'yth), traducción de Amparo Gresa.

Vacío cruzado (Void Crossed), traducción de Miguel Trujillo.

La luz del sol de cristal (Light of a Crystal Sun), traducción de Cristina Rubiols.

Guerra en el museo (War in the Museum), traducción de Mónica Rodríguez.

Reclutado (Headhunted), traducción de Amparo Gresa.

About the Authors, traducción de Roser Granell.

Kraken, publicado por primera vez en 2012.

Redentor (Redeemer), publicado por primera vez en 2019.

Una prueba de fe (The Test of Faith), publicado por primera vez en 2019.

Las horas crepusculares (The Darkling Hours), publicado por primera vez en 2018.

Carrera relámpago (Lightning Run), publicado por primera vez en 2018.

Desaparecidos en combate (Missing in Action), publicado por primera vez en 2011.

La catedral de cristal (The Crystal Cathedral), publicado por primera vez en 2019.

Voces al unísono (To Speak as One), publicado por primera vez en 2019.

Donde hay disformidad hay un camino (Where Dere's Da Warp Dere's a Way), publicado por primera vez en 2020.

Redención de Dal'yth (Redemption on Dal'yth), publicado por primera vez en 2020.

Vacío cruzado (Void Crossed), publicado por primera vez en 2019.

La luz del sol de cristal (Light of a Crystal Sun), publicado por primera vez en 2018.

Guerra en el museo (War in the Museum), publicado por primera vez en 2020.

Reclutado (Headhunted), publicado por primera vez en 2009.

Nexus y otros relatos © Copyright Games Workshop Limited 2020.

Nexus & Other Stories, Nexus y otros relatos. GW, Games Workshop, Black Library, The Horus

Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2020 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Mauro Belfiore

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Minotauro, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-1166-9
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 11.713-2021

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Nexus	9
<i>Thomas Parrott</i>	
Kraken	105
<i>Chris Wraight</i>	
Redentor	157
<i>Guy Haley</i>	
Una prueba de fe	179
<i>Thomas Parrott</i>	
Las horas crepusculares	197
<i>Rachel Harrison</i>	
Carrera relámpago	225
<i>Peter McLean</i>	
Desaparecidos en combate	253
<i>Dan Abnett</i>	
La catedral de cristal	279
<i>Danie Ware</i>	
Voces al unísono	297
<i>Guy Haley</i>	
Donde hay disformidad hay un camino	323
<i>Mike Brooks</i>	
Redención en Dal'yth	345
<i>Phil Kelly</i>	
Vacío cruzado	365
<i>J. C. Stearns</i>	
La luz del sol de cristal	385
<i>Josh Reynolds</i>	
Guerra en el museo	405
<i>Robert Rath</i>	
Reclutado	435
<i>Steve Parker</i>	
Deber hasta la muerte	483
<i>Marc Collins</i>	

CAPÍTULO 1

OCHO MESES MÁS TARDE

El sargento Allectius corría entre los árboles hacia los sonidos de la batalla. Los troncos se emborronaban a su alrededor mientras zigzagueaba entre el follaje con precisión sobrehumana. Un Space Marine inmóvil ya era una visión terrorífica de por sí, pero verlos moverse era lo que solía inspirar un «terror transhumano» en los mortales. Parecía imposible que algo de tal tamaño y poder se moviera con tanta rapidez.

Era, pues, una pena que el enemigo al que se enfrentaban permaneciese impávido.

El bosque estaba lleno de cacofonías. El tronar de los bólters, el aullido de las espadas sierra y el extraño quejido chisporroteante de las armas xenos. Estas últimas hacían que le dolieran los dientes cada vez que las oía; parecían vibrar de arriba abajo por sus huesos en un extraño continuo. Las otras, en cambio, eran un consuelo: sus hombres seguían vivos, seguían luchando. Por ahora.

Allectius vio el primer núcleo de la batalla más delante. Dos de sus hermanos estaban luchando ferozmente con un horroroso xenos. Un torso esquelético coronaba un trípode de piernas, y en su rostro calavérico mostraba una sonrisa maliciosa. Los antebrazos habían sido reemplazados, pues ya no necesitaba manos. En lugar de eso tenía grandes hojas en los laterales que chisporroteaban con energías extrañas. «Destruidores» los llamaban. Abominaciones sin mente cuya única necesidad era desmembrar y destruir. Incluso los necrones los trataban como

bestias, arrojándolos contra el enemigo. La belleza moteada por el sol de sus alrededores solo hacía que el crudo horror destacara más.

El sargento absorbió todo aquello en un latido de sus dos corazones y apuntó hacia el lomo de la criatura. Por muy inconsciente que fuese aquel ser, eso no la hacía menos letal. Mientras se iba acercando, una de sus espadas hiperfásicas lo atacó a través de la espada sierra del astartes que llevaba a la izquierda. La hoja atravesó su torso, derramando sangre sobre la vegetación. Su compañero aprovechó la oportunidad para lanzarse contra la criatura, y su espada sierra abrió un agujero chispeante en el costado del monstruo.

En cuanto el Space Marine retiró el arma y retrocedió ante un posible contraataque, la herida del necrón comenzó a cerrarse. El metal fluía como si fuera líquido, y selló la abertura mientras sus engranajes internos volvían a unirse.

Allectius estaba allí. Sintió su carga en el último segundo y giró la cabeza. Demasiado tarde. Apuntó con la pistola de plasma, configurada a máxima potencia, y disparó. Un furioso rayo incandescente de un azul blanquecino salió del arma. Los sistemas de su armadura registraron un pico de calor solo por sujetar el arma. El rayo fulgurante golpeó al necrón en el lomo y salió limpiamente por el otro lado en una erupción de metal líquido y fragmentos chisporroteantes. Sin embargo, este continuó avanzando y segó varios árboles antes de agotar su energía salvaje.

Con un gruñido distorsionado y mecánico, el xenos se derrumbó. Antes de golpear el suelo ya resplandecía con una luz color esmeralda. El sargento se abalanzó hacia delante con la espada sierra de la otra mano en alto. La bajó con todas sus fuerzas, pero esta atravesó el aire vacío con un sonido silbante y se clavó en el suelo. El mecanoide severamente dañado había sido teletransportado lejos de allí. Así era siempre con los necrones. Los únicos que no desaparecían eran los que eran aniquilados por completo, presumiblemente para ser reparados y luchar otra vez.

Los propios hombres de Allectius no pudieron salvarse con tanta facilidad. Se acercó para arrodillarse junto al Space Marine caído. Podía acceder al biodiagnóstico incorporado de la armadura de aquel hombre mediante la noosfera del escuadrón. El nombre de aquel hermano era Volusius. La herida era seria, incluso para un Space Marine. Un hombre mortal habría muerto al instante. Solo las células sintéticas que producía su órgano de Larraman, creado por ingeniería genética, evitaban que se desangrara, pues coagulaban más rápido de lo que lo harían las plaquetas naturales.

El sargento activó el faro localizador construido en la coraza del guerrero herido y se puso en pie. Si el apotecario llegaba hasta él a tiempo, tal vez se salvaría. Si no, al menos podrían rescatar la semilla genética del guerrero caído.

—Conmigo, Numonis —expresó.

—Hasta el final, hermano sargento —respondió el otro intercesor de asalto, y corrió a su lado.

Se apresuraron a avanzar. No tardaron en salir a un claro donde se libraba una feroz batalla. Dos destructores luchaban furiosos contra los otros cuatro miembros del escuadrón de Allectius. Un tercero avanzó pesadamente hacia ellos, con sus brazos-hoja estirados en un anhelo inconsciente de desgarrar. Una figura insectoide acechaba en los límites del bosque a sus espaldas. Tenía un cuerpo sólido montado sobre piernas largas, y agitaba en el aire ante él una extraña trompa mecánica.

—Uníos a los demás, yo me encargaré del plasmacita —aulló Allectius.

Numonis cargó hacia la batalla, y el sargento se sacó a sus hermanos de la mente. Todos eran guerreros del capítulo, los mejores que podía ofrecer la humanidad. Confiaba en ellos por completo. Pero, por el momento, tenía que concentrar toda su atención en su enemigo. Su pistola de plasma zumbaba en su mano izquierda mientras su espada sierra vibraba en la derecha. Devoró con sus zancadas la distancia que lo separaba del lugar desde donde la máquina xenos acechaba.

Esta se escabulló entre las sombras. A diferencia de sus destructivos cargos inconscientes, los plasmacitas solían ser evasivos. Su fuerza radicaba en la potencia que podían proporcionar a los destructores, no en la confrontación. Allectius entrecerró los ojos. No iba a permitirle escapar con tanta facilidad. Levantó la pistola de plasma y lanzó un disparo, contando con que la potencia del rayo para atravesar cualquier cubierta.

En lugar de eso, el arma soltó lo que podría describirse como una tos sibilante y se apagó. El recipiente de hidrógeno se había gastado, un problema creciente cuanto más se extendía la guerra por Cassothea. Allectius enfundó el arma y reprimió un gruñido de frustración. Simplemente tendría que desmontar...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por una repentina embestida de la máquina canóptica. Debió de sentir debilidad y activó una nueva programación. No había tiempo para reflexionar. Era rápida ahora que estaba atacando, y lanzó un latigazo con la trompa. La punta de cuchilla estaba diseñada para atravesar la piel de metal viviente de un

necrón, por lo que era más que capaz de atravesar su armadura de energía si lograba un buen golpe.

Se dirigió a su cara, tratando de alcanzar sus lentes ópticas. Él se agachó a un lado tan rápidamente como pudo y desvió el ataque. Solo logró arañar un lateral de su casco. Por desgracia, no tuvo oportunidad de agarrar el tentáculo de la máquina. Ahora lo estaba golpeando con sus patas de cuchillas. Atrapó la barrida de una con el filo de la espada sierra, y los dientes giratorios se encontraron con aquel miembro bajo una lluvia de chispas.

La punta monomolecular se disponía a apuñalarle en la cara de nuevo, pero Allectius estaba preparado esta vez. Con reflejos sobrehumanos, levantó una mano y atrapó la trompa. Después, con la otra, hizo girar la espada sierra en un arco aullante que la atravesó con un destello de fuego esmeralda. La máquina retrocedió entre tambaleos, con un extraño gorjeo mecánico surgiendo de ella.

El sargento no tuvo tiempo para recuperarse. Avanzó mientras la criatura se retiraba, atacando su cuerpo ahora con la hoja, que rugía. Cada golpe abría nuevas heridas en la piel mecánica, exponiendo los engranajes arcanos de su interior. El Space Marine hizo lo posible por no guardar nada de esa aberración en su memoria. No era un techmarine, pero hasta él comprendía que las máquinas xenos eran una corrupción de la tecnología. Solo servían para destruirlas.

Le cortó una de las patas y la criatura cayó al suelo. El sargento la pisó con todas sus fuerzas, rompiéndola con una última erupción de chispas verdes que chisporrotearon y resplandecieron en la maleza. Con un último berrido ahogado, se quedó inmóvil. Él se dio la vuelta y salió corriendo al claro para descubrir que el combate había llegado a sus últimos momentos.

Dos de los destructores estaban volviendo a la fétida tumba que los había engendrado. Rodeados de un halo de energía verde, parpadearon hasta la translucidez y después desaparecieron. Pero no sin pagar un precio: uno de sus hermanos yacía en la hierba, muerto, con la cabeza y un brazo arrancados de su cuerpo por las hojas necrón. La última de las retorcidas abominaciones se encontraba bajo el ataque concentrado de todos los Space Marines restantes.

Atacaron en perfecta sincronía, el resultado de años de entrenamiento de élite. Tal vez no fueran rival para la terrible fuerza mecanoide de un destructor por separado. No obstante, su enemigo era un carnicero sin conciencia, mientras que ellos eran expertos guerreros. Lo hicieron

pedazos entre todos. Después, la criatura desapareció como las otras, poco más que un resplandor verde desvaneciéndose en la nada. Los sonidos de la batalla murieron, aunque reverberaron entre los árboles hasta quedar en silencio. Allectius apoyó una mano contra un tronco cercano durante un momento. Los Adeptus Astartes no se cansaban tan rápido y con tanta facilidad como los mortales, pero los últimos meses habían sido agotadores. Batallas infinitas con poca oportunidad de recuperación. Escaramuzas como aquella podrían haber parecido victorias para alguien ajeno, pero él sabía la verdad. Los xenos derrotados ese día serían reparados o reemplazados; la velocidad de su arremetida ni siquiera disminuiría. Los imperiales no tenían tales refuerzos de camino. La última nave de guerra aliada en llegar al sistema había quedado tan dañada por alguna catástrofe desconocida que se había estrellado tras líneas enemigas.

El sargento dejó caer el brazo a un costado. No serviría de nada permitir que los hombres vieran debilidad por su parte. Activó el canal de comunicación con el mando central.

—Reducto Primus, este es el Escuadrón Allectius. Nuestra patrulla ha encontrado resistencia en el bosque Sanral. Destruidores acompañados por un plasmacita. Han sido neutralizados. Uno de nuestros hermanos ha caído y otro necesita rescate médico.

—*Recibido, Escuadrón Allectius.* —Allectius reconoció la voz de Dacien, uno de los siervos que trabajaba en las comunicaciones. Notó una curiosa reticencia en su voz—. *Regresad a la base de inmediato.*

Allectius frunció el ceño.

—No han agotado nuestras fuerzas, Reducto Primus. Podemos continuar patrullando.

Hubo una pausa extendida.

—*Negativo, Escuadrón Allectius. Volved a toda velocidad.*

Había un tono de verdadera aflicción en aquella voz.

El sargento entrecerró los ojos. Era posible que el siervo estuviera excediendo su autoridad en aquel asunto. Sin embargo, no se trataba de una discusión que debiera mantener a través del comunicador.

—Entendido. Escuadrón Allectius en marcha. Llevaremos a nuestros heridos con nosotros. —Soltó un único suspiro y cambió del canal a la red del escuadrón—. Tenemos que regresar al reducto, hermanos. Recoged a Volusius y a Landrian. Los llevaremos a casa nosotros mismos.

Allectius examinó la línea de árboles una última vez para asegurarse de que no hubiera más enemigos acechando por ahí. Aquel tono en la

voz del siervo permaneció en el fondo de su mente. Por muy equivocado que estuviera el mortal, algo lo había agitado. Con un poco de suerte, tendría respuestas pronto.

El Escuadrón Allectius caminaba entre los esqueletos de los edificios quemados. Los escombros de los autotransportes se apilaban en las calles; muchos mostraban el revelador «descascarillamiento» que provocaban las armas gauss de los necrones. El silencio permeaba aquella devastación. Hacía que los pesados andares de los Space Marines parecieran más ruidosos de lo normal, pues reverberaban en el cristal roto y el metal doblado. El sonido volvía de forma extraña, lo cual lo ponía nervioso. Se sintió aliviado al ver el gran bloque de roccemento delante de ellos.

El Reducto Primus era lo que quedaba de la ciudad capital de Cassothea. Allectius había escuchado el nombre una vez: Macuth. Pero ahora ya no importaba. Era una ruina. Habían tratado de defenderla del ataque de los necrones durante el primer mes, pero había sido una causa perdida desde el principio. Los esfuerzos de la defensa se contraían con cada ataque, un anillo cada vez más pequeño que dejaba en el exterior a un número creciente de civiles.

Algunos iniciaron disturbios. Los más listos huyeron al campo. Era una pobre esperanza, pero seguían teniendo más oportunidades en la naturaleza. Al menos, allí podrían pasar desapercibidos frente a las máquinas de muerte xenos que acechaban por el territorio. Allí, serían enjaulados y masacrados. El enemigo no tenía remordimientos, no sentía piedad. Tenían intención de limpiar aquel mundo para sus oscuros propósitos, y, si algún arrepentimiento moral entraba en sus ecuaciones, Allectius no había sido capaz de discernirlo.

Todos habían muerto hacía mucho y solo quedaban sus cuerpos. Los que habían caído en las calles llevaban largo tiempo momificados. Los cuerpos a la sombra se habían descompuesto en huesos secos. Los que habían sido golpeados por las armas más poderosas se habían desintegrado por completo. Su polvo cubría los interiores de los edificios y flotaba en nubes por las calles. Todos ellos, aquellos que los Ultramarines no habían sido capaces de proteger. Los Adeptus Astartes estaban endurecidos; sus mentes reforzadas por años de hipnocondicionamiento y entrenamiento. A pesar de eso, aquello carcomía por dentro a Allectius. Sentía una impotencia que solo era capaz de expresar mediante la furia.

Estaban evacuando ahora a la ciudadanía; había transportes que los alejaban de allí tanto a ellos como a cualquier recurso que pudieran transportar, tan rápido como podían. Aquel era el propósito de la patrulla ese día, y de otras como ella. Tratar de encontrar a los supervivientes, además del material abandonado que pudieran, y sacarlos de ese mundo. Tal vez si hubieran conocido sus posibilidades desde el principio, podrían haber salvado a más. O tal vez no. El liderazgo de la cruzada había dicho que debían salvar aquel mundo, y eso habían intentado. Los Space Marines no estaban acostumbrados al fracaso.

Estaban acercándose ya a los muros de la fortaleza. Allectius nunca había estado en Macragge, el mundo de origen de los Ultramarines, pues había sido despertado de la estasis por el archimago Cawl cuando el Imperio se quebró, y llevaba desde entonces en la cruzada. Pero sí había visto pictocapturas. Hasta las fortificaciones eran hermosas, construidas con tanta fuerza como estética. No había nada agradable en el aspecto del Reducto Primus. Era achaparrado, carecía de decoración. Solo unos gruesos muros podían soportar el ataque molecular de las armas gauss.

Los centinelas Tarántulas bullían desde sus plataformas. Tenían una gran variedad de formas: cañones de asalto y bólters pesados de la infantería enemiga, cañones láser y cañones de fusión para la armadura. Hasta había lanzamisiles para ayudar a defenderse de los ataques aéreos. Todo parecía de lo más formidable. Por desgracia, las apariencias pueden engañar. Los suministros de munición se estaban agotando, así que la mayoría de esas armas quedarían en silencio minutos después del comienzo de un ataque.

El sargento se detuvo mientras los auspex lo escaneaban junto con sus hombres. Se quitó el casco con un siseo de la despresurización, y agradeció el roce de la brisa fresca sobre su rostro sudoroso. Una vez confirmaron sus identidades, las grandes puertas de adamantium comenzaron a deslizarse para abrirse. Más de una docena de siervos se apresuraron a salir para llevar a los heridos al interior, supervisados por el apotecario Calvus. El hermano de armadura blanca se ocupó de las necesidades médicas de los Space Marines y, cuando fue necesario, cosechó la semilla genética de los cuerpos de los caídos. Solo preservando con cuidado lo que necesitaban del capítulo podrían los iniciados futuros elevarse hasta el nivel transhumano de los Space Marines.

—Me alegra verte de nuevo, hermano Allectius —dijo Calvus.

—Lo mismo te digo, hermano apotecario —respondió el sargento. Unieron brevemente los guanteletes—. ¿Sabes por qué nos han llamado?

—Así es. —El apotecario no era dado a medir las palabras—. Pero tengo trabajo que hacer ocupándome de tus heridos. Busca al capellán Sisenna. Él te lo explicará.

Allectius asintió con la cabeza.

—Los dejaré en tus capaces manos e iré a buscarlo. —Se dirigió al resto de su escuadrón—. Tomaos un momento para reabasteceros. Podríamos volver a la batalla en cualquier momento.

Cada uno de ellos se llevó un puño al pecho como respuesta, y el sargento se dio la vuelta para adentrarse en la oscuridad de la base. La estructura, por necesidad, tenía el tamaño suficiente para acomodar el tamaño de un Space Marine, pero la premura en la construcción dejaba poco espacio de todos modos. Unos globos luminosos fijados al techo le rozaban la cabeza cuando pasaba bajo ellos, casi forzándolo a apartarse a un lado. La mayoría emitían una luz tenue. Los suministros de energía estaban tan racionados como todo lo demás esos días.

Allectius pasó junto al refectorio, a su derecha. Estaba tranquilo, salvo por el murmullo de las conversaciones y el tintineo de los platos y cubiertos. El aroma salado de las duras raciones flotaba en el aire: la comida fresca se había convertido en un lujo impensable cuanto más tensaban la cuerda los xenos. Pudo ver a sus hermanos con facilidad, evidentemente: su estatura los hacía destacar, aunque nada más lo hiciera. El resto de los allí reunidos eran una mezcla de siervos y lugareños, pero cada vez era más difícil distinguirlos. Los escudos de armas se volvían grisáceos hasta quedar irreconocibles a causa del desgaste y la mugre.

El sargento no pudo evitar darse cuenta de la reacción que provocaba su presencia. Silencios, miradas. Aquello se sumó a su intranquilidad, por lo que se apresuró a avanzar. Los sonidos y los olores se desvanecieron mientras continuaba, reemplazados por el creciente aroma a especias y limón del incienso.

A medida que se acercaba a la capilla, el pasillo comenzó a estar bordeado por postes. Cada uno de ellos sostenía un recuerdo de alguna clase. Aquí, los fragmentos destrozados de una pistola de plasma. Allí, un sello de pureza que casi se había quemado por completo. Había comenzado como algo pasajero, honores temporales para los hermanos caídos. Al principio eran armaduras completas. Ahora, todo lo que quedaba era aquello que no podían rescatar y reutilizar.

Había noventa y tres guerreros en la compañía cuando él llegó a Cassothea. Se hablaba de buscar refuerzos antes de proceder con la siguiente campaña. Eso antes de perder a cincuenta y seis hermanos. Sus tótems

habían invadido la capilla por completo y se habían derramado por los pasillos. Sus recuerdos no habían perdido el rostro. Había conocido a esos hombres durante años, había luchado junto a ellos. Y ahora habían muerto.

Allectius podía oír las palabras ahora, pronunciadas por la poderosa y retumbante voz de Sisenna.

Lord Guilliman, Hijo Vengador,

Guíanos en la batalla.

Prepáranos para los engaños de los xenos,

Conviértenos en azote de los enemigos del Emperador.

Ayúdanos, oh, padre genético y primarca,

Mientras desatamos nuestra justa furia sobre los alienígenas.

Pues nuestros enemigos son muchos,

Y buscan la ruína de toda la humanidad.

El sargento entró en la capilla. Había seis Ultramarines arrodillados ante el capellán, con las cabezas gachas. Allectius reconoció a los hombres del Escuadrón Dos, liderados por el sargento Proclus. Otra patrulla, preparándose para continuar la búsqueda. Sisenna se encontraba ante ellos, una visión cautivadora con su armadura negra y su máscara de calavera. Sujetaba frente a él su bastón de oficio, el crozius arcanum, mientras entonaba el rito. Cruzó la mirada con Allectius y asintió ligeramente con la cabeza en señal de reconocimiento. El sargento le devolvió el gesto y se quedó en la parte posterior para esperar.

Cada miembro del Escuadrón Dos avanzó para recibir la bendición con un toque en cada hombrera del aquila del crozius. Después, pasaron junto al capellán en dirección a un tótem en particular. Allí colgaba un casco, coronado por una cresta que fue una vez de un rojo y blanco brillante. Ahora estaba desteñida y sucia. El casco en sí se podría haber aprovechado, pero lo habían dejado allí de todos modos, el único pequeño honor que la compañía podía ofrecer todavía a su comandante caído.

De uno en uno, ofrecieron un saludo en memoria del comandante de la compañía y se dieron la vuelta para marcharse. Proclus fue el último en dar un paso al frente para aceptar sus bendiciones. El otro sargento se dio la vuelta cuando terminó y le dirigió a Allectius una sonrisa triste. Solo se detuvo para apoyar brevemente un guantelete sobre el hombro de Allectius y se marchó con su escuadrón. El sargento del Escuadrón Cuatro lo observó marcharse con intranquilidad.

—Hermano Allectius, ¿cómo te encuentras?

La voz del capellán le hizo volver la cabeza. Sisenna se quitó el casco con forma de cráneo y lo dejó a un lado. La cara que mostró era ancha y

tostada, rota por las líneas más claras de una gran cantidad de cicatrices. Una de ellas le atravesaba el ojo; el globo había sido reemplazado por la fría luz roja de un órgano biónico.

—Para serte sincero, hermano capellán, me siento intranquilo —respondió el sargento.

Sisenna se acercó a encender un nuevo incienso. El parpadeo de la llama marcó en su cara una profunda división entre la luz y la sombra.

—¿Qué te perturba?

Allectius se rio sin razón ante eso.

—¿Qué no lo hace? Nuestro enemigo se aproxima. Me obligan a retirarme con la misión incompleta. Soy sujeto de susurros y miradas. Hasta el apotecario me dice que simplemente venga a buscarte.

El capellán se volvió para mirarlo de nuevo y aguardó con paciencia.

Allectius flexionó las manos, y entonces las palabras salieron desgarradas de su interior.

—¿Se está cuestionando mi honor?

—Ah, conque se trata de eso —dijo Sisenna en voz baja—. No. —Hizo un gesto hacia la distancia—. Siempre debemos esforzarnos por hacerlo mejor que el día anterior. Nuestra vocación es la más elevada. Si no mejoramos, morimos. Dicho todo esto, no estás aquí para recibir ningún reproche.

El sargento tomó aire para calmarse.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa? Si fueran a reasignarnos, recibiríamos noticias del teniente.

—Has llegado al mismísimo núcleo de la cuestión —indicó el capellán. Hizo una pausa, un titubeo poco propio de él antes de continuar—. Falerius está muerto.

—No —resolló Allectius. Otra herida en su alma, otra pérdida con la que cargar. El teniente Falerius se había visto obligado a tomar el mando al morir el teniente jefe en los primeros días del conflicto. Había mantenido unida a la compañía a través de la dura batalla durante los últimos meses—. ¿Cómo?

—El Escuadrón Tres fue acorralado por nuestros adversarios en las ruinas de la ciudad. Falerius lideró la Escuadra de Guardahojas Veteranos hacia la batalla para rescatarlos. Pudieron sacar a los hermanos, pero el enemigo había apostado omnícidas en los edificios circundantes.

Los omnícidas eran los letales francotiradores de las fuerzas necronas. El sargento Allectius podía imaginarse el resto. Cerró los ojos.

—Una muerte honorable —fue todo lo que logró decir.

Sisenna asintió con la cabeza.

—Y esto te implica a ti. Con todo el cuadro de oficiales muerto, el mando suele recaer en el sargento de mayor rango.

—Tal y como dicta el Codex Astartes —asintió Allectius—. Estoy completamente preparado para seguir las órdenes del sargento Fulgentius.

El capellán negó con la cabeza.

—No va a ser así. Falerius dejó instrucciones específicas de lo que debía ocurrir en caso de que muriera. —Clavó sus ojos en los de Allectius—. Te nombró a ti. De ahora en adelante quedas ascendido a teniente, aunque pendiente de la confirmación del señor del capítulo para oficializarlo, por supuesto.

Durante un momento, Allectius tan solo pudo mirarlo de hito en hito. Finalmente, logró decir:

—¿Qué?

—Ahora estás al mando de la compañía, teniente. —Sisenna dio un paso hacia delante y apoyó una mano sobre su hombro—. Creo que estarás a la altura de este desafío. Los sargentos han aceptado acatar esta decisión. Estamos contigo, todos a una.

El recién nombrado teniente intentó decir algo.

—Yo...

Pero, antes de que pudiera encontrar las palabras, algo fundamental cambió en el cosmos. Un peso opresivo cayó sobre la misma esencia del mundo. Los colores se destiñeron y la luz se atenuó. Golpeó a Allectius como una opresión asfixiante, como si el aire estuviera demasiado inmóvil como para poder respirar. Tuvo que introducirlo a la fuerza en sus pulmones, y sintió latir sus corazones. No había duda de que aquello le sobrepasaba. Vio al capellán Sisenna tambalearse, con la cara retorcida por la sorpresa.

Fue entonces cuando oyó el restallido de su comunicador.

—*Disculpad, pero necesitamos al teniente en el centro de mando ahora mismo.* —El siervo de comunicación sonaba sofocado, con auténtico dolor—. *Estamos recibiendo llamadas de auxilio de las naves de evacuación. Algo ha ido mal.*